

CIS

Centro de
Investigaciones
Sociológicas

Problemas teóricos de la explicación del suicidio en Durkheim

Author(s): Ramon Garcia Cotarelo

Source: *Revista española de la opinión pública*, No. 46 (Oct. - Dec., 1976), pp. 65-77

Published by: [Centro de Investigaciones Sociologicas](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/40182522>

Accessed: 14-03-2016 21:06 UTC

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Centro de Investigaciones Sociologicas is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Revista española de la opinión pública*.

<http://www.jstor.org>

Problemas teóricos de la explicación del suicidio en Durkheim^(*)

RAMON GARCIA COTARELO

EL índice creciente de suicidios en la sociedad de su tiempo enfrentaba a Durkheim con el tipo de problema que, según él, la sociología, considerada ante todo como una ciencia positiva, estaba llamada a resolver. El suicidio, acto en la intersección de lo individual y lo social permitía poner a prueba la convicción durkheimiana de que la sociología puede proceder sin necesidad de la psicología. Así, tanto desde un punto de vista metodológico como desde uno teórico más amplio, la explicación satisfactoria del suicidio se aparecía a Durkheim como una tarea esencial y la validación de su empeño por con-

* Estudio realizado con el apoyo económico de la Fundación Juan March. Agradezco especialmente a Juan Díez Nicolás sus comentarios respecto a una redacción anterior del estudio.

vertir la sociología en una ciencia en sentido estricto. En efecto, considerando la obra del sociólogo francés en una perspectiva más amplia, podemos decir que, con *El Suicidio*, publicado en 1897, Durkheim cierra una primera etapa en su evolución teórica, etapa que comienza con la publicación en 1893 de su tesis doctoral sobre *La División del Trabajo*, y sigue en 1895 con lo de *Las Reglas del Método Sociológico*. El estudio sobre el suicidio supone, pues, en cierto modo, coronación y confirmación de las otras dos obras. A partir de él, Durkheim reorientará sus esfuerzos en otras direcciones, bien relacionados con cuestiones teórico-políticas (como es el caso de *El Socialismo*), bien de carácter sociológico más general (en *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa*). No deja de ser característico en este sentido que, como ha observado Lacroix¹, a partir de *El Suicidio*, Durkheim deje de utilizar el concepto de anomia. Ello supone tanto una ruptura de preocupaciones conceptuales como la necesidad, sentida por el sociólogo francés, de avanzar hacia otras esferas de la realidad social humana.

El Suicidio, por tanto, es un momento culminante en la trayectoria Durkheimiana, cuya dimensión completa se ha de buscar en las dos vertientes

¹ BERNARD LACROIX: «Régulation et Anomie selon Durkheim», en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. LV, París, julio-diciembre de 1973, págs. 265-292.

que a él llevan: la metodológica, elaborada en *Las Reglas*² y la teórica más general, como se articula en *La División del Trabajo Social*³ y *El Suicidio*⁴. En su calidad de acto definitivo, por medio del cual el individuo se arrebató la vida en una manifestación aparente de una conciencia absolutamente privada que sólo podía ser comprensible en el orden de las motivaciones personales, el suicidio constituía un desafío para la concepción científica de Durkheim. Si Durkheim conseguía mostrar, de modo sistemático que, en contra de todas las ideas admitidas, el suicidio es un fenómeno motivado socialmente, en el cual la participación del individuo se limita a cumplir la función de ser un agente aislado de un mandato o conciencia colectivos, en tal caso, su concepción quedaría doblemente validada; de un lado, metodológicamente, por cuanto habría de ser factible explicar un hecho social en término de otros hechos sociales y solamente de ellos, excluyendo toda referencia a la psicología; de otro lado, esta explicación ilustraría a las claras la relación peculiar entre el individuo y la sociedad, postulada por Durkheim. En este sentido, Durkheim ya había advertido en *La División del Trabajo Social* que los índices de suicidio nos proporcionarían una medida objetiva de la felicidad en la sociedad. El suicidio propiamente dicho sólo aparece con la civilización y las muertes voluntarias que se dan en las sociedades primitivas no son actos de desesperación, sino de abnegación: el anciano que se mata en las sociedades primitivas lo hace con el fin de eliminar una boca inútil; similares impulsos de generosidad y entrega mueven a la viuda en la India que sigue a la tumba a su marido o al budista que se hace aplastar por las ruedas del carro sagrado. Una legislación estricta les obliga a ello. «Por el contrario», nos avisa

² Cfr. EMILE DURKHEIM: *Les Règles de la méthode sociologique*, PUF, París, 1973.

³ Cfr. EMILE DURKHEIM: *De la Division du travail Social*, PUF, París, 1967.

⁴ Cfr. EMILE DURKHEIM: *Le Suicide*, PUF, París, 1973.

Durkheim en esta su primera obra, «el verdadero suicidio, el suicidio triste se encuentra en estado endémico entre los pueblos civilizados e, incluso se distribuye geográficamente como la civilización»⁵. Durkheim apuntalaba ya estas consideraciones sobre el suicidio —que luego habría de variar sustancialmente— con el resultado de observaciones empíricas y constataba que el suicidio es más frecuente en la ciudad que en el campo, entre las profesiones liberales que entre la agricultura, entre los hombres que entre las mujeres⁶, lo cual, habida cuenta de la actitud sólidamente conservadora y tradicional de Durkheim en relación con lo femenino, era un modo sutil de apuntar al hecho de que el suicidio es más frecuente entre los sectores más civilizados. En cuanto al valor explicativo del propio suicidio, si fuera posible mostrar que sociedades diferentes y distintos grupos sociales tienen índices de suicidio disímilares y, también, generan formas diversas de suicidios, es claro que la explicación satisfactoria de este hecho social nos sería de gran utilidad en cuanto a la comprensión de otros fenómenos sociales de mayor envergadura y alcance teóricos, como los supuestos acerca de la integración y la solidaridad sociales, etc.

Parece razonable suponer que estas son las causas esenciales que mueven la preocupación durkheimiana por una explicación sociológica aceptable del suicidio. A fin de demostrar que ello es así será necesario primeramente exponer con brevedad la metodología de Durkheim, como aparece formulada en *Las Reglas*, al menos en la parte relacionada más claramente con el suicidio, así como la actitud teórica más general, como se puede deducir de *La División del Trabajo Social*. En segundo lugar, será preciso exponer la propia explicación durkheimiana del suicidio en relación con la metodología y la actitud teórica. En tercer y último lugar se intentará esbozar

⁵ EMILE DURKHEIM: *De la Division...*, página 226.

⁶ Id., págs. 229.

una evaluación de la explicación que Durkheim ofrece del suicidio.

I. EL METODO DE «LAS REGLAS» Y LA POSICION TEORICA DE «LA DIVISION SOCIAL DEL TRABAJO»

La metodología propuesta por Durkheim se puede resumir, al menos en la parte que atañe a nuestros intereses en este estudio, como sigue:

— Si la sociología ha de convertirse en una ciencia positiva de la sociedad ha de dar los siguientes pasos:

— El conocimiento científico tiene que ir más allá de las meras prenociones y las ideas convencionales, por medio de una labor crítica con el fin de alcanzar definiciones concisas e inequívocas⁷. Este paso es esencial en el esfuerzo por constituir a la sociología en ciencia de pleno derecho con la autoridad de tal. Adquiriendo este carácter esotérico, la sociología «ganará en dignidad y autoridad, lo que puede perder en popularidad»⁸.

— El estudio de los hechos sociales, esto es, el objeto propio de la sociología constituida como ciencia positiva se ha de hacer con independencia de los sujetos racionales que los piensan y considerándolos como exteriores a estos sujetos⁹; esta exterioridad es de carácter coactivo, los hechos sociales se imponen a los sujetos y, aunque Durkheim no lo dice de modo explícito, tal imposición su-

pone la generación de estados internos de la conciencia o el espíritu individuales.

— Los hechos sociales han de entenderse como si se tratara de cosas o fenómenos reales, no reducibles a causas orgánicas o psíquicas. Es éste, también, un punto esencial de la metodología durkheimiana, esencial y ambiguo al mismo tiempo, por cuanto que, a la hora de dar cuenta de la especificidad de la realidad social, Durkheim únicamente ofrece una definición de la objetividad en un sentido tradicional. Si los hechos sociales son cosas, hay que preguntarse qué son las cosas, a lo cual responde Durkheim en el prólogo de *Las Reglas* postulando una separación kantiana entre sujeto y objeto, aplicada al orden de lo social¹⁰.

— El investigador social ha de distinguir entre los fenómenos sanos y los patógenos, lo cual, como ya sabemos es una forma peculiar de Durkheim de evitar la polémica sobre axiología en las ciencias sociales. Durkheim demuestra que, si se admite que la ciencia no puede ilustrarnos acerca de los fines, tampoco podrá acerca de los medios. El problema acaba siendo el de determinar un fin acerca de cuya legitimidad no exista duda alguna. Durkheim cree encontrarlo en el postulado de la salud. Nadie que sea razonable negará que la salud es un objetivo valioso positivamente¹¹. El problema que Durkheim rehuye es el de determinar el criterio de autoridad que establece lo que es y no es saludable.

— La explicación de todo fenómeno social debe incluir una referencia por separado tanto a la causa eficien-

⁷ E. DURKHEIM: *Les Règles*, págs. 17-19.

⁸ Id., pág. 144.

⁹ Durkheim insiste en el carácter objetivo externo de estos hechos sociales, al tiempo que pone de manifiesto su aspecto sui generis: «Es un hecho social toda forma de hacer, fijada o no, susceptible de ejercer sobre el individuo una coacción exterior, o, incluso, que es general en toda una sociedad dada teniendo, sin embargo, una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales». Id., pág. 14.

¹⁰ «Es cosa todo objeto de conocimiento que no es naturalmente compenetrable por la inteligencia, todo aquello de lo que no podemos hacernos una noción adecuada por un procedimiento simple de análisis mental, todo aquello que el espíritu no puede llegar a comprender más que a condición de salir de sí mismo, por vía de las observaciones y las experimentaciones, pasando progresivamente de los caracteres más exteriores y los más accesibles de modo inmediato, a los menos visibles y los más profundos». Id., págs. XII/XIII.

¹¹ Id., pág. 49.

te que lo produce como a la función que realiza¹². Con ello, Durkheim piensa situarse más allá del utilitarismo y el funcionalismo.

— La base de la explicación de un fenómeno social únicamente puede ser otro fenómeno social de caracteres similares. De esta forma, Durkheim rechazaba también las explicaciones psicologistas de los hechos sociales¹³. El intento de hacer la explicación sociológica inmanente a la propia sociología lleva a Durkheim a reflexionar acerca del carácter de la causalidad social.

— La sociología es más compleja que las ciencias naturales, pero ello no implica que no haya en ella leyes de la causalidad. La cuestión es que, así como los hechos sociales son hechos *sui generis*, también la causalidad social es *sui generis*. El método que se ha de aplicar para desentrañarla es el de las «variaciones concomitantes». En esencia, este método implica que, cuando en un número suficientemente elevado de casos, dos fenómenos varían de modo correspondiente, se puede suponer que hay una relación entre ellos. A continuación, será tarea del sociólogo la de averiguar si ambos fenómenos son efectos paralelos de la misma causa o bien aparece un tercer factor que resulta ser, a modo de eslabón perdido, efecto del primer fenómeno y causa del segundo. El suicidio proporcionaría a Durkheim algunos de los ejemplos más interesantes de la posible aplicación del método de las variaciones concomitantes.

En cuanto a la posición teórica de Durkheim en lo relativo a las relaciones del individuo con la comunidad sabemos que, como Durkheim lo exponía en *La División del Trabajo Social*, tales relaciones se han ido individualizando con el tiempo, a medida que avanzaba la diferenciación en la sociedad y el progreso. Durkheim veía

esta evolución, como es sabido, del modo siguiente:

— En un principio, se da una solidaridad mecánica, característica, ante todo, de la horda y las sociedades más primitivas en las cuales el derecho represivo es predominante¹⁴, la conciencia colectiva ejerce un poderío absoluto¹⁵ y, en consecuencia, los individuos aparecen, como si dijéramos homologados en una indiferenciación general y solidaridad primitiva.

— A partir de esta solidaridad y debido a una división creciente del trabajo (que, a su vez, aparece como el resultado de la capacidad de la sociedad para sobrevivir en las condiciones desfavorables de la uniformidad de los individuos) aparece una solidaridad orgánica, una forma más flexible de organización social en la cual el derecho restitutorio¹⁶ acaba sustituyendo al represivo y la conciencia colectiva relajando en cierta medida su prevalencia sobre los individuos permite una mayor latitud a las conciencias individuales¹⁷, lo cual abre un proceso que va en sentido de esa misma individualización progresiva.

— Es en este contexto donde se da la primera discusión acerca de la importancia y significación sociales del suicidio. Al examinar la dicotomía mecánico-orgánico, Durkheim afirma que las muertes voluntarias y, en gran parte rituales, que podemos encontrar en las sociedades primitivas no se pueden considerar como suicidios en sentido estricto, sino como actos de abnegación y autosacrificio en interés de la comunidad. El suicidio, como tal, únicamente aparece con un grado mayor de individualización y una mayor complejidad en las relaciones entre el individuo y la sociedad, es decir, con la división del trabajo y la civilización. Como veremos más adelante, cuando Durkheim perfila su clasificación llamará a aquellas muertes voluntarias suicidios altruis-

¹² Id., pág. 95.

¹³ «La causa determinante de un hecho social se ha de buscar entre los hechos sociales antecedentes y no entre los estados individuales de la conciencia individual», Id., página 109.

¹⁴ E. DURKHEIM: *De la Division du travail social*, págs. 35 y sigs.

¹⁵ Id., pág. 46.

¹⁶ Id., pág. 83. También, págs. 91-98.

¹⁷ Id., pág. 101.

tas e incluso encontrará residuos de esta forma de suicidio en ciertos sectores de la sociedad contemporánea.

— Como sabemos, Durkheim explica la división del trabajo, como fenómeno social, en función de otros fenómenos sociales, entre los que cita, con carácter primario: a) la mayor concentración de la población; b) la formación de las ciudades; c) el aumento de las posibilidades de comunicación¹⁸. Con carácter secundario, otros factores que acompañan a la división del trabajo son: a) la debilitación de la conciencia colectiva¹⁹; b) la pérdida de la materialidad de la idea de Dios; c) universalización del derecho y de la moral²⁰. Estos factores serán importantes a la hora de comprender una de las formas más significativas del suicidio, esto es, el suicidio anómico. Especial relevancia para esta forma específica de suicidio tiene, asimismo, la forma anómica de la división del trabajo²¹ caracterizada, fundamentalmente, por las crisis industriales y comerciales, los antagonismos entre el capital y el trabajo y la falta de mediación de las instituciones políticas en el orden económico.

Durkheim cerraba su tesis doctoral con una visión moralista y claramente conservadora de la sociedad. La ética tan sólo puede ser social y, puesto que la superioridad de la sociedad sobre el individuo es de carácter moral, es claro que todo aquello que contribuya a incrementar la integración y la cohesión social ha de ser moral. Durkheim creía detectar en su época, no obstante, un índice muy pequeño de moralidad correspondiente con un grado muy bajo de regulación social, esto es, un alto grado de anomia²². La forma de mejorar la sociedad, explicaba Durkheim en el prefacio a la segunda edición de *La División*, era la resurrección de los organismos secundarios, que sirvieran como cojines entre el individuo y el estado, siendo

¹⁸ Id., págs. 237-242.

¹⁹ Id., págs. 267-268.

²⁰ Id., págs. 274-275.

²¹ Id., págs. 343 y sigs.

²² Id., págs. 393-394.

uno de estos grupos secundarios en que Durkheim tenía mayor fe las corporaciones profesionales²³. La contradicción manifiesta de proponer como solución a las «formas anormales» de la división del trabajo precisamente aquel tipo de organización social cuya destrucción ha posibilitado la extensión de la división del trabajo no parece haber preocupado especialmente al sociólogo francés. Esta contradicción no se soluciona señalando que Durkheim condena la división del trabajo. Es ésta una proposición que puede parecer en consonancia con sus otras afirmaciones reaccionarias acerca de la desintegración de la sociedad, la pérdida de funciones de la familia²⁴ y el matrimonio, etc., pero no es cierta. Lo que Durkheim critica no es la división del trabajo y la creciente especialización en sí, sino sus formas anormales. La división del trabajo es una necesidad de la sociedad a medida que aumenta el número de individuos y es, al mismo tiempo, causa y evidencia de la mayor libertad y un individualismo más profundo en la sociedad. Tales cosas van unidas a la civilización y al progreso²⁵. Durkheim, lector de Comte, critica en éste la pretensión de presentar la ley de los tres estadios como una explicación de la historia humana, pero, al mismo tiempo, es un progresista. La contradicción reside en que, aparentemente, el progreso acarrea una serie de consecuencias perjudiciales para la sociedad. Durkheim se propone probar de modo científico que ello es así y, a tal efecto, escoge el aumento del índice de suicidios en nuestra sociedad.

II. LA EXPLICACION DEL SUICIDIO Y DE SUS FORMAS

Vamos a tratar de investigar ahora en qué medida se reflejan estas nor-

²³ Id., pág. XXXIII.

²⁴ Id., pág. XVIII.

²⁵ Id., pág. 327.

mas metodológicas y las conclusiones teóricas en el estudio que Durkheim hace del suicidio. Leyendo su obra caben pocas dudas de que, si por un lado, trató de aplicar sus normas metodológicas de la forma más estricta posible, por otro se diferenciaba en algunas conclusiones teóricas de las que había alcanzado en *La División del Trabajo Social*.

Durkheim inicia su empresa en torno al suicidio rechazando todas las concepciones previas y todas las ambigüedades de que está rodeado en la opinión convencional, a fin de alcanzar una definición concisa e inequívoca del fenómeno, esto es, «Llamamos suicidio a todo caso de muerte que resulta directa o indirectamente de un acto positivo o negativo, realizado por la misma víctima y del que ella sabía que había de producir tal resultado»²⁶. A continuación, Durkheim muestra que la explicación del suicidio tan sólo puede hacerse por medio de otros fenómenos sociales. En relación con ésto, rechaza las explicaciones basadas en factores psicológicos, ya sean psicopáticos, como la locura o el alcoholismo o se trate de estados individuales normales, como la raza o la herencia. Al rechazo de los factores psicológicos se añade el de los factores cósmicos²⁷ y, al elaborar esta crítica Durkheim ofrece el primer ejemplo práctico del método de los factores concomitantes. En efecto, Durkheim muestra que lo que, a primera vista, parece ser una relación inmediata entre el tiempo más cálido en primavera y verano y el aumento en la tasa de suicidios (de forma tal que muchos han postulado la tesis de que el verano y la primavera son la «causa» de más suicidios) resulta ser, de hecho, una relación mediata. La causa del mayor número de suicidios no es, por tanto, el tiempo cálido de la primavera y el verano, sino el hecho de que, al ser los días más prolongados en esas estaciones, los individuos disponen de mayor tiempo para

participar en la vida social, lo cual es la causa auténtica del índice superior de muertes voluntarias. La función del método de las variaciones concomitantes en este caso, por tanto, es hallar el eslabón perdido, por así decirlo, entre la primavera y verano y el aumento del número de suicidios²⁸.

Una vez rechazados los factores extrasociales como causa del suicidio, Durkheim se concentra en los sociales. Estos factores sociales son las causas auténticas de las muertes voluntarias en la sociedad, pero lo son de modos y por razones distintos en función de los medios sociales propios y peculiares en cada caso²⁹, con lo cual dan origen a la famosa clasificación durkheimiana de los suicidios en egoístas, altruistas, anómicos y fatalistas. Este cuarto tipo únicamente aparece una vez en una nota a pie de página³⁰ en toda la obra, pero posee una gran importancia en lo relativo a la simetría del edificio durkheimiano, importancia y simetrías de que nos hemos de ocupar más adelante. En líneas generales, podemos decir que las formas egoísta y anómica del suicidio corresponden con la solidaridad orgánica en la sociedad, mientras que el suicidio altruista es el rasgo característico de la solidaridad mecánica, esto es, de las sociedades primitivas y de ciertas formas mecánicas residuales en una sociedad civilizada y diferenciada, como, por ejemplo, el ejército. En este punto la separación frente a las conclusiones de *La División del Trabajo Social* se hace evidente: Durkheim reconoce

²⁶ Id., págs. 97 y sigs.

²⁹ No hay que olvidar que estos son los medios sociales de que Durkheim hablaba en *Las Reglas*. En este caso, los medios sociales comprenden confesiones religiosas, familia, sociedad política, grupos profesionales, etc. Id., pág. 148.

³⁰ Durkheim insiste en que este suicidio fatalista apenas presenta ejemplos en nuestros días, pero admite que pudiera tener un carácter histórico; resulta de un exceso de reglamentación en la sociedad y puede ser el tipo de suicidio de los esposos jóvenes, la mujer casada sin hijos y, en ciertos casos, de los esclavos. Id., pág. 311.

²⁶ E. DURKHEIM: *Le Suicide*, pág. 5.

²⁷ Id., págs. 20 y sigs.; 46 y sigs.; 54 y sigs.; 82 y sigs.

ahora que las sociedades primitivas, en efecto, conocen el suicidio, lo que sucede es que éste toma formas peculiares.

El suicidio egoísta se produce debido a una individuación excesiva y una falta de fuerza por parte de las representaciones colectivas. Es decir, el individuo se mata debido a que su grupo social no proporciona suficiente integración. En consecuencia, el índice de suicidio egoísta es inversamente proporcional al grado de integración de la sociedad doméstica y al grado de integración de la sociedad doméstica y al grado de integración de la sociedad política³¹.

Los protestantes se matan con más frecuencia que los católicos y éstos con más frecuencia que los judíos. Una vez más, el método de las variaciones concomitantes viene a aclararnos una cuestión aparentemente oscura: pareciera como si el mayor índice cultural (notable en los protestantes respecto a los católicos) fuera la causa de los suicidios; sin embargo, la causa del índice de suicidios entre los protestantes no es su grado más elevado de formación cultural, sino el hecho de que el grado más elevado de formación cultural produce una debilitación de las representaciones colectivas que, a su vez, impulsan a los individuos a su muerte³². El suicidio egoísta se origina cuando la conciencia colectiva ya no puede proteger al individuo contra su propio miedo y su odio a la muerte y le abandona a merced de las doctrinas pesimistas que predicán la carencia de significado de la vida, etc.

Por otro lado, el suicidio altruista, ya sea en su forma compulsiva (como se da con las personas ancianas, las viudas y los siervos en las sociedades primitivas), en su forma facultativa (como aparece en la costumbre honorífica del Hara-Kiri japonés) en su forma aguda (cual es el caso de los mártires cristianos) o en su forma actual

(la alta incidencia de suicidios en el ejército), se debe siempre a una falta de individuación y al efecto predominante de la conciencia colectiva³³ que ordena la muerte, por así decirlo, a las personas situadas en ciertas situaciones rituales.

Con mucho, la forma más importante del suicidio en la concepción de Durkheim es la del suicidio anómico. La anomia parece haber sido, según Durkheim, el estado crónico de no-regulación en las relaciones económicas y laborales en los últimos 100 años y ello debido, especialmente, a la desaparición de las tres instancias que mantenía a la sociedad en una situación integrada y regulada, esto es: a) la religión; b) la intervención de los poderes políticos en la vida económica, y c) los gremios³⁴. El individuo se encuentra ahora a merced de crisis laborales y económicas frecuentes que, en todos los casos (ya sean tales crisis *booms* o *cracks*) tienen un carácter suicidógeno³⁵. A su vez, la anomia económica y laboral corre paralela con la anomia matrimonial, que se manifiesta claramente en el número creciente de divorcios, número que, de por sí, es, también, un fuerte factor suicidógeno.

Sabemos, por tanto, el mecanismo que lleva a la gente a la muerte por suicidio en los casos de los suicidios egoísta y altruista; en el caso del suicidio anómico, la falta de regulación de la *conscience collective* produce, a su vez, «tendencias suicidógenas» de un carácter objetivo y subjetivo que son las causas de los suicidios individuales. Cada sociedad e, incluso, cada grupo social, tiene una cierta tendencia suicidógena, de acuerdo con sus respectivas conciencias colectivas. La anomia, la fuente más importante de casos de suicidio, es un fenómeno patógeno que, siendo paralelo a la civilización, el progreso y la división del trabajo, no es efecto de estos últimos³⁶. Una vez que se ha

³¹ Id., págs. 222-223.

³² El régimen de causa-efecto postulado aquí por Durkheim es, también, interesante: «No es la instrucción que se adquiere la que desorganiza la religión, sino que es la desorganización de la religión la que provoca una necesidad de instrucción». Id., págs. 170-171.

³³ Id., págs. 233 y sigs.

³⁴ Id., pág. 283.

³⁵ Id., pág. 285.

³⁶ Id., pág. 422.

identificado la anomia como un fenómeno patógeno, lo cual también explica el carácter patológico del aumento en el índice de suicidio, Durkheim vincula esta visión de la sociedad con la concepción moralista que elaborará al final de *La División del Trabajo Social*. De hecho, razona Durkheim, el suicidio es inmoral y ello no sólo porque atente contra el principio de la superioridad moral de la sociedad sobre el individuo³⁷, sino también porque todas las sociedades lo han condenado³⁸ y hoy día es considerado con reprobación intensa como un atentado al valor más elevado de nuestra sociedad, esto es, la vida individual. En su calidad de rasgo inmoral y patológico el suicidio también constituye un índice social del estado moral de la sociedad. Resulta, por tanto, legítimo para el científico sugerir algunas medidas de carácter específico que, si se tomasen, atajarían el problema, cambiarían la dirección de la tendencia y regenerarían la moralidad y la regulación en la sociedad. Las medidas prácticas, propuestas por Durkheim al final de *El Suicidio* para poner remedio a tal estado intolerable de cosas, revelan bien a las claras el carácter conservador y hasta reaccionario de su actitud general. A través de la diferenciación entre salud y enfermedad en el organismo social, que hiciera en *Las Reglas*, Durkheim se piensa a salvo de las posibles acusaciones que se le puedan hacer de orientarse a través de criterios valorativos en su explicación de los fenómenos sociales. El suicidio le parece una manifestación rotunda del estado profundo de corrupción moral, de desorganización, de anomia, en que se encuentra nuestra sociedad. Durkheim ha llegado al final de la tarea que se propusiera en *La División Social del Trabajo*: buscar y explicar científicamente las causas de la decadencia social del tiempo, hacer compatible la fe en el progreso con una constitución social autoritaria y secular, resolver los problemas sociales

engendrados por la división del trabajo sin referirse para nada a las condiciones económicas de la sociedad y aplicar a todo ello el marchamo imponente e indiscutible de los científicos. Al llegar al final de *El Suicidio*, Durkheim cree haber coronado su obra y ya nada le impide abogar por las medidas propuestas y encomiar sus propiedades regenerativas: una educación moral sana (tema que siempre le preocupó y al que dedicaría un libro posterior) ayudaría a combatir las corrientes pesimistas en nuestra sociedad entre las cuales se ha de contar la filosofía pesimista propiamente dicha (Schopenhauer y Hartmann), así como el anarquismo, el esteticismo, el misticismo y el socialismo revolucionario³⁹. Pero la pedagogía, a su vez, no podrá cambiar la sociedad, si ésta no se cambia antes por algún medio. Así, como sea que ello no es posible ni en la religión, ni en la política, ni tampoco a través de la familia, ya en estado de destrucción, Durkheim tan sólo divisa un principio regenerador en el restablecimiento de las corporaciones profesionales de que hablaba en *La División Social del Trabajo*. Las corporaciones aumentarán la integración y solidaridad sociales y contribuirán a combatir el individualismo egoísta⁴⁰. Paralela a esta reforma ha de ir una reorganización del sistema matrimonial en nuestra sociedad que haga más difícil el divorcio, fuente asimismo de gran número de suicidios anómicos⁴¹.

Resumiendo, por lo tanto: educación moral sana, corporaciones profesionales y mayor indisolubilidad del matrimonio. La legitimación de estas medidas prácticas es el examen científico y riguroso de la sociedad contemporánea a través del método expuesto en *Las Reglas*. Una vez realizado tal examen, comprobadas y validadas las conclusiones y demostrados los motivos por los cuales la sociedad se encuentra en un estado patológico, las medidas propuestas, lejos de ser opi-

³⁷ Id., pág. 275.

³⁸ Id., págs. 372 y sigs.

³⁹ Id., pág. 424.

⁴⁰ Id., pág. 435.

⁴¹ Id., págs. 442-443.

niones a priori, juicios de valor y pareceres subjetivos en función de una concepción del mundo fundamentalmente conservadora, se desprenden con carácter evidente y necesario del análisis hecho y de la conveniencia, universalmente admitida, de devolver a la sociedad su estado saludable originario.

Es nuestra opinión, sin embargo, que la actitud durkheimiana no solamente es insostenible desde este punto de vista de la crítica de la ideología, que revela sus compromisos políticos previos, etc., sino que, además, es incongruente consigo misma que, en su exposición, Durkheim altera los presupuestos que asegura respetar, emplea el método de forma arbitraria, llega a conclusiones lógicamente inconciliables y, en último término, la explicación científica del suicidio resulta no ser tal. Esto es lo que se trata de probar en la última parte de este estudio.

III. EVALUACION Y CRITICA DE LA EXPLICACION DURKHEIMIANA

Esta tercera parte se abrirá recogiendo y exponiendo algunas de las críticas que se han hecho a la obra de Durkheim sobre el suicidio. Antes de comenzar su inventario conviene dejar constancia, sin embargo, del hecho de que, si estas críticas, tomadas en su conjunto, pueden invalidar la pretensión durkheimiana de haber construido un edificio científico perfecto, empleando unos materiales irrefutables, lo que ninguna de ellas podrá hacer será empequeñecer el hálito y alcance de esta obra de adelantado. Durkheim es, seguramente, un conservador, pero un conservador que, probablemente, tiene una proyección intelectual y espiritual más impresionante que la de muchos de sus críticos. A él se pueden aplicar la imagen que Lenin acuñó para Rosa

Luxemburgo: un águila puede volar a veces tan bajo como una gallina, pero es imposible que una gallina vuele tan alto como un águila.

Algunas de las críticas a que nos referimos se orientan hacia la dimensión empírica de la obra durkheimiana, mientras que otras van dirigidas, más bien, a cuestionar la coherencia teórica de la explicación que Durkheim ofrece del suicidio. Con respecto a las primeras cabe recordar que la validez empírica de *El Suicidio*, ha sido siempre materia de controversia. No hay duda de que Durkheim veía su obra como una comprobación empírica de su concepción metodológica y teórica más amplias y, en tal sentido, *El Suicidio*, al margen de los defectos que en él puedan encontrar, representa un capítulo esencial en el proceso de constitución de la sociología como una ciencia positiva, vinculada a la realidad empírica. Así lo entiende René König, la obra de Durkheim lleva ya implícita una refutación de las dos críticas habituales que la teoría crítica hace a la sociología empírica, esto es, a) que esta sociología es ciega respecto a las cuestiones de la sociedad como un todo, y b) que no busca acceso a la *praxis* social, no la puede interpretar y, en consecuencia, se convierte en una apología legitimadora del orden constituido. *El Suicidio*, precisamente, afirma König, es un análisis empírico en el contexto de una sociedad como totalidad y, al mismo tiempo, propone medidas concretas (como los grupos intermedios, etc.) para un cambio radical en la *praxis* colectiva⁴².

No obstante, aunque se reconozca con König la importancia de la aportación durkheimiana a la sociología empírica cabe enfocar la crítica en el sentido de preguntarse por la validez de la interpretación que Durkheim hace de los datos. Después de todo, no es la primera vez que tal cosa se pone en duda. Sin ir más lejos,

⁴² Cfr. RENE KÖNIG: «Emile Durkheim: Suicide», en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, Colonia, 1973, núm. 1, págs. 1-22.

basta recordar el artículo de Sheleff, en el que el autor muestra que la comprensión durkheimiana del derecho restitutorio y del derecho represivo, así como su localización y diversas funciones en distintas épocas, es errónea. Según Sheleff ello se debe precisamente a que Durkheim interpretó mal la obra y las conclusiones de Sir Henry Maine⁴³. Ello, por otro lado, no es cuestión menor, si recordamos que la distinción entre derecho restitutorio y derecho represivo es esencial en el entendimiento de la solidaridad mecánica y la solidaridad orgánica y que la comprobación de una interpretación errónea en este sentido, pondrá en duda toda la hipótesis durkheimiana de la evolución social. Asimismo, Aron menciona algunas de las críticas que cuestionan el procedimiento de Durkheim en función de la credibilidad de las estadísticas empleadas, la amplitud de las muestras y la aceptabilidad de las correlaciones establecidas⁴⁴. No hay duda de que, en parte, debido al tipo de datos disponibles y, en parte, al carácter de la propia empresa durkheimiana. Durkheim se veía forzado a hacer extrapolaciones poco aceptables. Basta recordar, en este sentido, el momento en que Durkheim elabora sus tesis acerca del índice de suicidios entre soldados en Italia y hace los cálculos por millón de soldados en los Abruzzos y otras regiones de aquel país⁴⁵. Finalmente, en un artículo en el que trata de demostrar que regulación e integración se han de considerar como idénticas desde el punto de vista de Durkheim, Whitney Pope muestra que Durkheim interpre-

⁴³ Cfr. LEON SHALKOVSKY SHELEFF: «From Restitutive Law to Repressive Law», en *Archives Européennes de Sociologie*, XVI, núm. 1, París, 1975, págs. 16-45. La tesis de Sheleff es que Durkheim se olvida de los aspectos cada vez más represivos en el derecho moderno (por ej., el aumento de medidas punitivas en el Derecho civil) y que una lectura adecuada de Sir Henry Maine en su trabajo sobre derecho antiguo muestra que este último era restitutivo y no represivo.

⁴⁴ RAYMOND ARON: *Main Currents in the Sociology*, t. 2, Penguin (Harmondsworth), 1974, páginas 48-49.

⁴⁵ EMILE DURKHEIM: *Le Suicide*, pág. 257.

ta algunos de sus datos según sus propias conveniencias (como los relativos a relaciones entre suicidios y divorcios) con lo cual trataba, en definitiva, de cimentar su teoría como si fuera infalsificable⁴⁶.

Estas críticas, sin embargo, aunque muestran algunos defectos en la forma en que Durkheim interpretó los datos no pueden invalidar la totalidad de la concepción durkheimiana; desde el punto de vista teórico, el suicidio era producido por ciertos factores sociales y, desde el punto de vista metodológico, de acuerdo con Durkheim, el carácter positivo de la sociología como ciencia implicaba la necesidad de validar tal hipótesis empíricamente. Las críticas posibles en este campo han de tener forzosamente un carácter instrumental, pero no minarán la significación del empeño de *El Suicidio* que no es sino muy consecuente. Otro tipo de críticas posibles hace referencia al orden de lo teórico, trata de poner de manifiesto las inconsistencias lógicas en la argumentación durkheimiana y, en tal sentido, en efecto, resultan de mayor importancia. Es nuestra intención aquí, pasar breve revista a estos aspectos y hacer un catálogo de agravios lógicos bajo la forma de una conclusión de este estudio. Parsons ha demostrado el cambio en la concepción del suicidio en Durkheim desde *La División del Trabajo Social* hasta la obra posterior⁴⁷. Ello, sin duda, se relaciona también con la evolución que se puede observar en la Teoría de la anomia. Estos cambios, si en sí no son de gran importancia, apuntan a una cierta inseguridad y falta de relación clara entre los conceptos, que se han de señalar a continuación. La primera división insatisfactoria aparece ya en la distinción entre fenómenos «patógenos» y

⁴⁶ Cf. WHITNEY POPE: «Concepts and Explanatory Structures in Durkheim's Theory of Suicide», en *The British Journal of Sociology*, 26, núm. 4, Londres, diciembre 1975. Pope entiende aquí el criterio de falsificación en un sentido popperiano. Una teoría no falsificable no es una teoría científica.

⁴⁷ TALCOTT PARSONS: *The Structure of Social Action*, 1, The Free Press, Nueva York, 1968, págs. 328 y sigs.

fenómenos «saludables» que no es sino un intento poco convincente de evitar la cuestión de los valores en las ciencias sociales. Sin duda, una de las razones por las que Durkheim comenzó a considerar como suicidios —en la forma de los altruistas— todas las muertes voluntarias en la solidaridad mecánica, apartándose de la concepción expuesta en *La División del Trabajo Social*, como decíamos más arriba, era su preocupación por rescatar ciertos fenómenos sociales (como los suicidios místicos y los heroicos) de las concepciones valorativas; el método que, aplicado a un caso concreto, puede resultar aparentemente satisfactorio, no lo es considerado en su dimensión más abstracta. El hecho de remitirse a la necesidad orgánica aparente de lo patológico y lo saludable no libera al científico social de la cuestión espinoza de tener que dictaminar lo «patológico» y «saludable» de los fenómenos de acuerdo con criterios subjetivos que es, precisamente, lo que se critica en los teóricos que adoptan una actitud valorativa. En relación con ésto, y también llena de ambigüedades aparece la noción de «tendencias suicidógenas»; Aron ha señalado la falta de claridad que rodea la expresión que da a entender la existencia de unos impulsos colectivos imposibles de localizar empíricamente⁴². Es claro que la explicación del carácter insatisfactorio de esta noción ha de remitirse a la ambigüedad más general, que rodea la concepción durkheimiana de la *conscience collective*. No hay duda de que Durkheim elaboró a este respecto un tema de la mayor importancia para la sociología como ciencia positiva, pero tampoco la hay de que sus intentos por clarificar la noción y trazar una línea divisoria entre la *conscience collective* como entidad substancial y la *conscience collective* como agregado de individuos resultan fallidos. Como fallida es, tam-

⁴² RAYMOND ARON, *op. cit.*, pág. 50.

bién, la explicación circular de que la *conscience collective* sólo puede manifestarse a través de las conciencias individuales, las cuales, a su vez, reciben su existencia, por así decirlo, a través de la colectiva. Para aclarar esta crítica podemos poner un ejemplo que, por reducir las cosas al absurdo, hace injusticia al pensamiento de Durkheim aunque, en cierto modo, ilustra el tipo de dificultad en que podríamos vernos de aplicar una línea durkheimiana consecuente: las tendencias suicidógenas son colectivas, el suicidio es fenómeno social en cuanto que índice de suicidio; pero siempre se suicidan los individuos. Es decir, el único acceso posible a los estados colectivos es a través de la observación e interpretación de los actos individuales; pero esta observación, en el caso del suicidio, no nos lleva más allá de los meros individuos; no hay instituciones sociales intermedias entre la colectividad y el individuo en el caso del suicidio como las hay en el caso del matrimonio, la muerte, la religión o el juego; no hay instituciones de suicidio. El suicida escapa al mandato de la conciencia colectiva precisamente a través del suicidio. Así, Durkheim se ve en la tarea imposible de conciliar una contradicción: ¿cómo es posible que nuestra sociedad condene el suicidio como inmoral y, al propio tiempo aumente el índice de suicidios? La ambigüedad conceptual queda más patente al examinar los tipos de suicidio establecidos por Durkheim. Aquí es donde la forma fatalista de que hablábamos antes adquiere toda su importancia, pues aunque sólo aparece en una nota a pie de página tiene el valor de completar la tipología durkheimiana y, al propio tiempo, de hacerla simétrica e indiferenciada. No hay duda de que Durkheim percibió este carácter insatisfactorio de la situación y, por ello, trató escasamente del suicidio fatalista. No obstante, y a fin de aclarar la situación, podemos establecer el siguiente cuadro:

Falta de regulación

Exceso de regulación

Individuo	Sociedad
Suicidio egoísta	Suicidio anómico
Suicidio altruista	Suicidio fatalista

Interpretándolo, pues, vemos que, donde hay falta de regulación, el individuo comete suicidio egoísta, donde hay exceso de regulación, el individuo comete suicidio altruista; si hay falta de regulación, el suicidio social es anómico y si hay exceso de regulación el suicidio social es fatalista. Prescindimos de las formas intermedias elaboradas por Durkheim (egoísta-nostálgico, etc.) por considerar que no son determinantes en este caso. Nuestra cuestión aquí es ¿cómo responde Durkheim a la crítica de que, en realidad, el suicidio egoísta y el suicidio anómico son el mismo, como lo son el altruista y el fatalista? En realidad Durkheim no responde a esta cuestión; se limita a insistir en que entre el suicidio egoísta y el anómico hay diferencias cualitativas, pero no es afortunado a la hora de hacerlas específicas⁴⁹, tan sólo para admitir algo más adelante que el egoísmo y la anomia son únicamente «dos aspectos diferentes del mismo estado social»⁵⁰. En cuanto a la suposición de que suicidio altruista y suicidio fatalista sean, también, el mismo ya hemos visto que responde relegando el fatalismo a una nota de pie de página. En realidad, la dificultad con que Durkheim se enfrenta aquí, y no resuelve, es doble: a) una de tipo general similar a la de las relaciones entre conciencia colectiva y conciencia individual (en este caso la dimensión más amplia es la anomia

y la más específica es el egoísmo); ambas instancias —la general y la particular— están relacionadas, pero Durkheim no consigue exponer con claridad el mecanismo de mediación. Ya antes hemos visto cómo la relación entre la conciencia colectiva y la individual es indistinta en Durkheim. Se nos dice, sí, que el orden colectivo tiene una substancialidad *sui generis*, pero, al ir a examinarla más de cerca, esta peculiaridad se deshace bien en una objetividad clásica (los hechos sociales como cosas), bien en una u otra forma de subjetividad más o menos psicologista (los impulsos suicidógenos). Es, igual que no hay mediación posible entre lo colectivo y lo individual en la sociedad durkheimiana, tampoco lo hay entre la anomia y el egoísmo. Parecería posible entender *El Suicidio* en el sentido de que la anomia imperante en la sociedad genera los comportamientos egoístas; pero, por otro lado, la anomia misma es el resultado de la individualización creciente (esto es, del egoísmo mayor en la sociedad); Durkheim postula a veces un criterio, a veces el otro y, así, levanta la sospecha fundada de que, al hablar de anomia y egoísmo está hablando del mismo fenómeno —la civilización contemporánea— en las dos vertientes, social e individual; b) la segunda dificultad a que nos referíamos más arriba y que Durkheim tampoco resuelve, hace referencia al concepto propio de anomia. No hay duda de que, al enunciarlo, Durkheim pensaba estar avanzando en el camino de la

⁴⁹ E. DURKHEIM: *Le Suicide*, pág. 288.
⁵⁰ Id., pág. 325.

articulación de una sociología como ciencia positiva. La anomia, por tanto, era una generalización empírica, susceptible de ser comprobada por métodos estadísticos y científicos generales. Esto no obstante, se ha criticado la anomia precisamente por ser un concepto ajeno a lo científico. Horton⁵¹ rechazando como inadecuados todos los intentos —típicos de la sociología empírica americana— de convertir la anomia en concepto operativo, asegura que, al igual que la alienación en Marx, la anomia se ha de entender como un juicio de valor (la anomia, según Horton es la noción típica de la derecha radical, mientras que la alienación lo es de la izquierda radical). Probablemente, lo que Horton quiere decir no es que una y otra no se puedan medir y comprobar en la práctica, sino que, al hacerlo, se diluye su significado auténtico, ya que ambos conceptos se han de entender en relación con supuestos generales y esenciales referentes a la naturaleza del hombre y el carácter de la sociedad. Lo interesante en este caso es que, presentando una interpretación correcta, a nuestro juicio, de la anomia, Horton la sitúa en un terreno

que Durkheim rechazaría de plano: el del juicio de valor. Esta es, precisamente, la crítica que se trata de hacer a Durkheim en este estudio: su empeño por revestir con los atavíos de la neutralidad y la objetividad científica, lo que no es sino juicio moral claramente remitible a una opción ideológica. Habiendo elaborado una diagnosis negativa de la sociedad, el tratamiento propuesto por Durkheim y que examinábamos más arriba trata de presentarse como cura necesaria y no como programa de partido.

En resumen, al tiempo que se valora la importancia de *El Suicidio* como un primer intento de elaborar un examen sociológico de un problema social, cabe suponer que Durkheim utiliza el suicidio como Marx la crítica, esto es, para combatir y destruir al enemigo, en este caso las corrientes pesimistas en la sociedad y la falta de reglamentación social. Al igual que en Marx, el resultado de este combate en Durkheim es el restablecimiento de la libertad, cierto, de signo muy otro que marxista, pues que la «liberté elle-même est le produit d'une réglementation»⁵².

⁵¹ JOHN HORTON: «The Dehumanization of Anomie and Alienation: A Problem in the Ideology of Sociology», en *The British Journal of Sociology*, vol. 15, núm. 4, Londres, 1964, págs. 283-300.

⁵² E. DURKHEIM: *De la División*, pág. 380.